



Homero, Educador de Grecia

Por:

Manuel Briceño Jáuregui, S. J.

Un interrogante que me ha preocupado a lo largo de mis años de docencia universitaria, en mi especialidad del mundo clásico, ha sido el de la educación en los viejos tiempos micénicos, cuyo vocero fue un poeta, el de Quíos, el inmortal Homero. Sólo que su estudio nos lleva a remontarnos treinta siglos atrás hasta llegar a ese personaje definitivo que ha sido, con razón, como veremos, considerado el educador de un pueblo.

La pedagogía moderna es progresista: respeta la libertad y autonomía de los alumnos, se aparta del tradicional salón de clase, trata de olvidarse de metodologías ancestrales para muchos, y pone en

práctica nuevas propuestas educativas, insistiendo sobre todo en la formación integral del hombre como persona y como ser social, en el mundo auténtico en que vive. Pero estas características ya se habían ensayado en los tiempos arcaicos de Grecia. Los antiguos educadores helenos atendieron, a su manera, a la persona humana en sí misma y en relación con las circunstancias históricas que la afectaban.



El mundo se dividía entonces en seres libres y esclavos, en civilizados y bárbaros. No faltaban, entre unos y otros, los campesinos, los periecos, clarotas, tetes, metecos, peones, pastores, servidores, pescadores, demiurgos, peregrinos, exiliados, gente de mar, mercenarios... Pero de ellos nada o poco se preocupaban los maestros.

En cambio, para el puñado que disfrutaba de libertad y ciudadanía, los objetivos de la educación eran, como hogaño, ayudarlos a su realización personal conforme al ideal prototípico que anhelaban, y contribuir a su 'progreso continuado' —como se dice hoy día— con el fin de hacerlos más conscientes de sí mismos: porque se trataba de lograr una clase determinada de individuos en una sociedad de caballeros, de guerreros y de nobles.

El pueblo griego, el más inteligente que ha pasado por la tierra, ya practicaba hace treinta siglos una educación aristocrática centrada en la persona libre. Homero fue el maestro, el educador de una juventud que viviría en un mundo minúsculo, sin mayores preocupaciones, sin la *angustia existencial* de nuestro tiempo, dentro de reducidos límites geográficos. La tierra era para ellos un disco rodeado por un vasto río, de profunda y poderosa corriente, frontera del mundo. Más allá de los bordes se abría el Erebo, el lugar de las tinieblas y de las nubes, el reino subterráneo de los difuntos, donde "jamás el sol resplandeciente iluminaba a nadie con sus rayos" (1). Era la eterna noche.

Del otro lado, al Norte, el polo de la sombra y del frío, lejanía misteriosa; al Sur, allende las tierras egipcias, los abrazados desiertos de Nubia, sólo conocidos por comerciantes y piratas; entre ellos el Mediterráneo, y en el centro del mundo la divina Grecia.

Mundo, finito y cerrado pero sustancialmente vivo. El hombre era la medida de todas las cosas. El suelo, el mar, el cielo estaban poblados por una sociedad de seres animados que se confundían en aquellos. Los hombres de la edad homérica vivían, al menos por el pensamiento, en estrecha intimidad con el mundo divino o cuasi-divino, que los cristianos llamamos sobrenatural y para ellos era lo más natural.

Los contemporáneos del bardo de Quíos, creían en una ley fundamental, la guardiana del orden en la creación: era el destino, la fatalidad que distribuía a los mortales su función en la sociedad, el ritmo de la vida, el camino inexorable hacia la muerte. Aquiles, Patroclo, Antíloco, Ayante, Euríalo y tantos otros jóvenes deberían fatalmente morir en la flor de la existencia no sin antes haber alcanzado gloria sempiterna.

Pero una relativa libertad humana no excluía el que la ira penetrara en el corazón y se engendraran rebeliones desmedidas hasta encender pasiones criminales, (2) de ahí que el equilibrio, la *sofrosine*, la medida

1. Odis. XI, 15-16.

2. EMILE MIREAUX, *La vida cotidiana en los tiempos de Homero*, Buenos Aires, Lib. Hachette, (1962) Págs. 15.

fueran necesarias para la juventud y para el hombre griego en general. De ahí la imprescindible *paideia* helena dentro del marco social arcaico de otrora, donde mayor preponderancia se daba a la apariencia física que a la cultura intelectual.

Pues bien, el rapsodo canta las aventuras, el destino y aspiraciones de sus héroes, presenta ante la juventud helénica un ideal perfectamente realizable, la imagen del hombre de las viejas leyendas impregnadas del prestigio que dan los hechos maravillosos: cuyo prototipo era el guerrero que moría joven envuelto en la gloria formidable de las armas. "Oh tú, que hieres de lejos", se quejaba Aquiles ante Apolo por no haberle dejado combatir. "Me engañaste...", me has privado de alcanzar una gloria no pequeña, y has salvado con facilidad a los teucros, porque no temías que luego me vengara. Y ciertamente me vengaría de ti, si mis fuerzas lo permitieran" (3)...

Este es el sentido de la educación homérica: superación del individuo según el paradigma idealizado de un héroe que imitar. Es el sentido más hondo por el cual se denomina a Homero el educador de Grecia (4) Los Efebos aprendieron la lección: supieron "despreciar una vida larga, torpe y opaca, y preferir un breve momento de gloria", breve pero heroico. Es que el arte tiene una fuerza emocional capaz de mover a los hombres.

Más ahora, sin prescindir de la expresión artística, nos preguntamos de nuevo ¿cuál era la finalidad del sistema heleno de pedagogía? En el poema es el anciano Fénix quien parece contestarnos cuando le recordaba a Aquiles que el padre de éste lo había contratado para que "niño todavía y sin experiencia de la funesta guerra, donde los varones se hacen ilustres", le enseñara a "hablar bien y a realizar grandes proezas" (5), es decir, le explicara las instituciones políticas, la elocuencia, y la ciencia militar. Y en otro pasaje le insistía en que "refrenara su ánimo fogoso; pues no conviene que el joven tenga un corazón despiadado, cuando los dioses mismos se dejan aplacar, no obstante su mayor virtud, dignidad y poder" (6).

No existía aún la pedagogía como ciencia, y el "aprender jugando" era desconocido. Pero ya los educadores griegos aspiraban a formar una juventud ideal según aquella norma de que "sólo por su esfuerzo personal llega el hombre a valer algo". De ahí la férrea disciplina de Esparta donde el varón debía formarse para el Estado; de ahí la ley ateniense, años después, que prohibía enviar a los muchachos a la escuela antes de amanecer.

Pero es sólo en los poemas donde puede apreciarse lo que pudo significar exactamente para Homero y los antiguos la educación, en fecha

3. Il. XXII, 15-20.

4. Plat., Rep. X, 606; Prot. 339 a.

5. Il. IX, 442-443.

6. Ibid. 496-498.

tan remota, porque es del rapsodo de donde parte en línea ininterrumpida la tradición cultural helénica, y es él quien suministra, como reflejos fugaces, la más remota evidencia documental de algún valor sobre el tema. Son hazañas legendarias, la pintura inmortal del mundo caballeresco de antaño iluminado en forma involuntaria por la realidad del arte.

El varón de Quíos no es historiador, es un poeta. El da por lo mismo rienda suelta a su imaginación creativa. No describe escenas de la vida cotidiana, sino que traza con vivos colores un cuadro de hazañas de heroísmo proyectadas sobre un fascinante pasado de siglos, "cuando los animales hablaban". Es verdad que en esas policromías se dan anacronismos, que no importan, pues lo fundamental es la serie de elementos dispersos que constituyen una fuente valiosa para el conocimiento histórico de esos tiempos oscuros en que vivió el poeta. Y si no todos son contemporáneos, pertenecen a lo menos al período inmediatamente anterior.

En la epopeya griega la edad homérica aparece como una sociedad esencialmente patriarcal, penetrada de reminiscencias de un remotísimo pasado, tradicional, y tradicionalista, cuyas raíces se ahondaron en la tierra. La posesión del terruño era la que hacía las clases, la que ordenaba su distribución, la que regía las relaciones, Nobleza de nacimiento y aristocracia de la riqueza. Heredera de un pasado "feudal" (si se me permite la expresión) guardaba celosamente una mentalidad señorial arraigada al terruño de la familia, del que conservaba la altivez.

Las dos grandes rapsodias —Iliada y Odisea—, impregnadas de esa tradición heredada de la leyenda, se remontan a los lejanos orígenes mediterráneos de este pueblo y a las tribus errantes que lo invadieron, por tierra y el Egeo. El rapsodo contribuyó a ilustrarlo con sus aportes personales, prescindiendo ahora nosotros de las posteriores interpolaciones, revisiones y reordenamientos que se le han hecho en tantos siglos.

Pues bien, una de las características fundamentales que narra Homero de esos tiempos es la actitud galante de los protagonistas. A la cabeza de esta sociedad había un monarca que era a la vez sacerdote, juez y comandante en la guerra. Le rodeaba una corte aristocrática de veteranos, una especie de consejo de ancianos honorables por la edad, cuya experiencia les daba valiosa autoridad en el gobierno y en los tribunales.

Pero también existían —fuera del pueblo vulgar— los vasallos leales, jóvenes de la nobleza; compañeros y pares del monarca, que —lo mismo que el rey— se preciaban de su raza divina. Y a ellos pertenecían la tierra y los rebaños, únicas fuentes de riqueza en un territorio de relieve agresivo y áspero. Homero los califica como los mejores (*aristoi*), de donde el nombre de aristócratas.

La monarquía era ya lo bastante madura para convertirse en oligarquía. Y fueron los guerreros jóvenes quienes más influyeron en el desarrollo subsiguiente de la educación y la moral de los súbditos; la cultura

caballescía es el hecho fundamental que subrayará más tarde los rasgos originales de la tradición pedagógica de la Grecia clásica.

Homero no es el repertorio de un pasado poético e histórico difunto. Está, al contrario, orientado hacia el porvenir. Refleja la esperanza, los impulsos de un pueblo joven o rejuvenecido que ve abrirse los horizontes de la aventura, de la riqueza y la expansión. Es la imagen de esa sociedad, aún arcaica en sus formas y estructuras, pero sacudida por las impacencias de una vida nueva que de pronto florecería en la libertad del arte, del pensamiento y de la vida humana (7).

Y si la cultura griega fue inicialmente un privilegio reservado a esta aristocracia de guerreros, éstos no eran unos soldados brutales, primitivos, prehistóricos. Los héroes homéricos eran perfectos caballeros, que participaban de refinamientos exquisitos. Los jóvenes respetaban a los mayores, les servían la copas hasta el borde con galantería, en contraste con los simples siervos y eran la comitiva de los más altos personajes, participaban de pie en los actos religiosos, y en los deportes y juegos, tan característicos de la vida cotidiana homérica, eran los primeros. Esos ejercicios atléticos incluían la lucha, el boxeo, las carreras, las justas, el arco, la jabalina, el uso de otras armas, las competencias en carrozas y algunas artes más - la danza, la natación y el entrenamiento intelectual que se limitaba al aprendizaje de la música, el canto, la oratoria, bajo el control de los maestros. No se trataba, pues, de soldados bárbaros, primitivos, prehistóricos.

Infortunadamente, en los poemas homéricos, no se hallan indicios de normas y enseñanzas generales de esos ejercicios. Pero es de suponer que esa cultura cortesana fuera fomentada por los padres de familia de quienes aprendían además, en especial de su ejemplo, la educación religiosa y la moral, como las niñas aprendían de sus madres los deberes domésticos y las normas de conducta cotidiana. Pero la cortesía, que se manifestaba en el trato gallardo con las mujeres e, inclusive en los combates y aún en los insultos rituales con que unos a otros se agraviaban antes de luchar, esa cortesía —decimos— los llevaba a estudiar cómo actuar en una sociedad bien educada, cómo reaccionar ante circunstancias imprevistas, cómo proceder en general y cómo hablar. He ahí la figura ideal del perfecto hidalgo homérico. Todo lo cual, en su rico contenido, presupone una educación apropiada que ingenuamente Homero refiere sin quererlo al pintar algunos de sus héroes. De esa manera, las viejas leyendas —transmitidas de generación en generación— cuentan numerosos ejemplos, como el del joven Aquiles a quien instruyó el sabio centauro Quirón, consejero y amigo del padre aquél, y le enseñó los deportes señoriales, la música, la cirugía y farmacopea, especie de epítome de los conocimientos enciclopédicos habidos hasta entonces, y a realizar proezas perdurables.

7. EMILE MIREAUX, *o.c.*, Pág. 258.

La educación en Grecia conservará más tarde muchas de esas características aristocráticas homéricas, en cuyo contenido y destino, si lo examinamos más de cerca, podemos observar los dos aspectos de toda educación: el técnico y el ético. Bastaba imaginar un tipo ideal de hombre, para el cual era preparado el joven en el determinado camino de la vida que le correspondía vivir, y con normas morales que cumplir. "Era un estilo de vida definitivamente masculino. El ideal homérico del héroe", y conforme a él se desarrollaba la inteligencia o las prácticas guerreras. Era educar para el heroísmo.

La influencia de Homero en el mundo clásico fue con el tiempo profunda. Era el texto básico de la juventud, el centro de todos sus estudios, fuera del placer estético que producía el ideal grandioso que allí se reflejaba; no había griego culto que no mantuviera a la cabecera de la cama un ejemplar de las obras de este bardo: así fue en realidad el "educador de Grecia", como lo apellida Platón. En el *Banquete de Jenofonte* (8) un autor del siglo IV a. C., oímos este diálogo:

— "Mi padre, deseando que yo fuera un hombre honrado, comenta Nicerato, me obligó a aprender todos los versos de Homero, de manera que podría recitaros ahora de memoria toda la Iliada y toda la Odisea.

— ¿Puedo ignorarlos, responde Calias, cuando los oigo casi todos los días?" ...

A Homero, sin embargo, como el máximo intérprete de la ética helénica, se le objeta la inmovilidad de ese ideal meramente guerrero: pues da la impresión de haber llegado a la cima y haberse estancado ahí. Pero es sólo la apariencia. Porque las añejas estructuras sociales, con sus antiguos moldes aristocráticos, se fueron poco a poco estremeciendo y con el tiempo rejuvenecieron vigorosas de porvenir, con anhelos de aventuras, de riqueza, de expansión hasta desembocar en la libertad del arte, del pensamiento, de la vida humana. Aquellas eran únicamente las primeras escenas de la prodigiosa historia que se prolongará en el "milagro griego".

Hay que reconocer empero que, más adelante, se dieron pedagogos con poco sentido de la historia y sin habilidad para ver los cambios en mentalidad y costumbres, y así quisieron hallar en Homero íntegros los elementos de la educación religiosa y ética que fueran válidos para todos, sin atender a las mudanzas. Después del máximo rapsodo se vivía una época fundamentalmente profana y guerrera. Y ya no era lícito extraer de los poemas una especie de catecismo, toda una teogonía de la edad de oro de los dioses y los héroes, una teodicea, una apologética, un sumario de los deberes del hombre con la divinidad, un manual de moral práctica, y aún elementos de filosofía y de buen comportamiento que sirviera para los siglos posteriores.

Esto era demasiado. El significado educativo real de Homero no es ese — comenta el profesor H. I. Marrou —, sino el clima moral en que se mueven sus héroes, su estilo de vida. El influjo de esta atmósfera es persuasivo: esa es la clave de la *paideia* homérica, la que el rapsodo da a sus protagonistas, la educación que Aquiles recibió del Centauro, y Telémaco de Atenea. Hasta aquí Marrou.

Para el mozo de aquella época el ideal moral del hombre no era la personalidad astuta del Ulises plurirrecursivo, ambiguo, típico aventurero levantino, sino la figura erecta del joven Aquiles, el perfecto hidalgo así fuera destinado a morir en plena juventud. “¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres Agamenón!...”, exclama Aquiles, el de los pies ligeros. “Pensemos ahora solamente en la batalla. Preciso es que no perdamos el tiempo hablando (...) para que vean nuevamente a Aquiles entre los combatientes delanteros, aniquilando con su broncea lanza las falanges teucas” (9).

Y, al final de la rapsodia XIX, replica a Janto: “¿Por qué me vaticinas la muerte? Ninguna necesidad tienes de hacerlo. Ya sé que mi destino es perecer aquí, lejos de mi padre y de mi madre; más con todo eso no he de descansar hasta que harte de combate a los teucros” (10).

En Aquiles parece encarnarse la moralidad heroica del honor, la simpatía de las buenas maneras, el saber comportarse, en contraste con la sabiduría práctica de los escribas orientales para quienes el arte de la vida es saber salir campante de una situación complicada.

Así, si aparece Homero como la fuente del ideal moral helénico, de la ética aristocrática, del amor a la gloria humana sin miedo a morir en la flor de la vida, y en la guerra caer sin una herida en la espalda. El propio Héctor, caudillo de las falanges enemigas, exhortaba en alta voz a sus compañeros: “¡Animo, troyanos, aliados venidos de lejanas tierras! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor, mientras voy a Ilión y encargo a los respetables próceres y a nuestras esposas que oren y ofrezcan hecatombes a los dioses” (11). Y antes del combate final le increpa a Aquiles: “¡Erraste el golpe, Aquiles divino!... has sido un hábil forjador de engañosas palabras, para que, temiéndote, me olvidara de mi valor y mi fuerza. Pero no me clavarás la pica en la espalda, huyendo de ti; atraviésame el pecho cuando animoso y frente a frente te acometa...” (12).

Ese era el ideal. Pero su base era la fatalidad engendradora por el característico pesimismo de los griegos: de ahí la tristeza de Aquiles por la brevedad de su vida, por el temible fantasma de la muerte, por la corta esperanza de consuelo al pisar los umbrales del sepulcro sin saber nada del destino en los Campos Elíseos... De ahí también que los héroes, por la incertidumbre de los días que les esperaban siendo guerreros, se apegaron tan apasionadamente a la breve vida de ahora, que es el rasgo típico

9. *Il.* XIX, 146-152

10. *Ibid.* 420-423.

11. *Il.* VI, 111-115.

12. *Il.* XXII, 279-285.

del alma pagana. Y aquí viene la gran lección de Homero: que no es la vida mortal el bien supremo y bien vale la pena sacrificarla, con valor y con coraje, por un ideal muy alto, que trae consigo grande gloria. La ética homérica es, en este sentido, la ética del honor. Y fue Homero quien, por primera vez, hizo conscientes a los griegos del "ideal agonístico de la vida", de la que el bíblico Job denomina "milicia sobre la tierra", la cual —como se ha visto— es uno de los aspectos más significativos del alma de estos hombres superiores.

Hombres superiores como se revelan en la epopeya. "Sé siempre el mejor de todos y mantente a la cabeza" (13), aconsejaba Peleo a su hijo Aquiles. Y así lo habría de cumplir. El conocía que no bien derrotara a Héctor debía también morir él, pero salió a vengar a Patroclo a sabiendas de su fatal destino: "¡Héctor, a quien no puedo olvidar! No me hables de convenios..., que no puede haber entre nosotros ni amistad ni pactos hasta que caiga uno de los dos y sacie de sangre a Ares, infatigable combatiente. Revístete de toda clase de valor, porque ahora te es muy preciso obrar como belicoso y esforzado campeón. Ya no te puedes escapar. Palas Atenea te hará sucumbir pronto, herido por mi lanza, y pagarás todos juntos los dolores de mis amigos, a quienes mataste cuando manejabas furiosamente la pica..." (14).

Y avanzaba con la cabeza en alto con un soberbio desprecio por la muerte. No le interesaba sino el honor, la belleza absoluta, el valor perfecto que se expresa en hazañas para dejar atónita a la posteridad: "Canta, oh Musa, la cólera de Aquiles, hijo de Peleo; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó en el Hades a muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves (cumplíase la voluntad de Zeus), desde que se separaron disputando el hijo de Atreo, rey de hombres, y el divino Aquiles" (15). El héroe vive y muere para una proeza, para el triunfo más glorioso que lo dan las armas, para una fama sempiterna.

Era una ética del honor como se concebía en la aurora de los tiempos, era el orgullo que los helenos denominaban grandeza de alma o megalopsiquia con la conciencia de una genuina superioridad, esa de que Pericles se jactaba cuando decía que "siempre el odio y la hostilidad son por un tiempo la suerte de los gobernantes, pero es maravilloso exponerse al odio por una causa noble" (16).

El oficio del poeta griego era educar, y la educación —*paideia*— contemplaba no sólo el proceso de desarrollo en el sujeto humano sino también la influencia del objeto del saber. Este era como el molde por el cual se estructuraba la persona. Y el molde formativo era Homero, cuyos

13. *Il.* 208; XI, 784.

14. *Il.* XXII, 261-272.

15. *Il.* I, 1-7.

16. *Tucid.* II, 64.

poemas inculcaban la alta idea de la fama terrena, del renombre y del honor. La intención de la poesía no era esencialmente estética sino dirigida a la sublimación del héroe hasta la inmortalidad. Ya Platón decía ⁽¹⁷⁾ que el rapsodo "envolvía en gloria las proezas de los antepasados, y educaba de ese modo a los que vendrían después...".

Mas pensemos que para comprender el influjo educativo de Homero hay que leerlo, hay que observar cómo era su método, lo que creía apto para la educación de sus héroes, los grandes ejemplos de las viejas leyendas que despertaban el instinto combativo, el espíritu agonístico de la competencia.

He ahí el secreto de la educación homérica: la superación de la persona merced al paradigma idealizado del prócer que imitar.

Creo haber expuesto un punto remotísimo de la historia de la pedagogía. No todo lo nuevo es nuevo, y en los viejos autores hallamos riquísimas vetas desconocidas. Tanto que Homero se ha convertido en el maestro de la humanidad entera por la capacidad única del pueblo griego para llegar al conocimiento y a la formulación de aquello que a todos nos une y a todos nos conmueve. Y así podemos concluir que Homero ¡es el educador de Grecia, y de Occidente!...

17. Fedr. 245 a.